

Este último argumento triunfó de los escrúpulos de Alberto, y Margarita se dispuso á marchar á casa de la senorita Albi.

—Usted me dirá francamente lo que ella le responda, dijo Leoncio.

—Con la mayor franqueza, caballero, se lo prometo á usted, respondió Margarita.

Y se marchó inmediatamente.

Llegaron los convidados y Leoncio mandó poner un cu bierto mas,

Era para su notario.

Alberto al saberlo dió repentinamente un salto y preguntó á su amigo por qué le había convidado.

—Para tenerle á mano, le contestó éste, y para conocer exactamente la situación de mi fortuna antes de hablar de matrimonio. Le he enviado un propio desde la última parada... vendrá; de seguro vendrá.

—¡Malo, malo, malo!.... pensó para sí Alberto. ¡El negocio se complica!.... no sé cómo saldremos de él.

(Se concluirá en el número siguiente.)

## DE LA INJUSTICIA É INGRATITUD DE LOS HOMBRES

CONTRA LOS ANIMALES,

Y CON ESPECIALIDAD CONTRA LOS RATONES.

Entre los muchos y graves defectos que tildan á la humana estirpe, merecen particular censura su abierta injusticia é ingratitud contra los animales, que cooperan á nuestro bienestar con su asiduo trabajo y mansedumbre: se someten todos á nuestros deseos y caprichos, y los que parecen destinados por la naturaleza á alimentarnos con sus carnes, alargan casi espontáneamente el cuello al afilado y mortífero hierro de sus verdugos. Pero ¿no sube de punto nuestra ingratitud, y no adquiere un carácter mas repugnante aun nuestra injusticia, si es cierto, como lo afirman acreditados y doctos autores, que algunos animales han sido nuestros maestros en las cosas mas útiles y necesarias para el hombre? En los tiempos primitivos de la creación ¿no fueron los únicos arquitectos los castores? ¿creéis acaso, que sin su ejemplo podía haberse inventado el arte de construir los edificios suntuosos, que hoy asombran al viajero, como la catedral de Milan y la basílica de San Pedro en Roma con su magnífica cúpula? Estos prodigios del arte los debemos originariamente á la industria y laboriosidad de los castores, y sin embargo, es tanta nuestra ingratitud que los perseguimos y mutilamos para que los mozalvetes y coquetillas, que frecuentan las tertulias de la alta aristocracia, perfumen sus pañuelos y vestidos con almízele; oh humana perfidia, oh inaudita alevosía privar á nuestros primeros maestros de lo que la naturaleza les ha dado de mas precioso! Se supone tambien, con visos de mucha probabilidad, que los caballos sugirieron en tiempos muy remotos á la milicia la idea primitiva é ingeniosa de los escuadrones, porque es cierto que cuando se ven acometidos por un lobo, se apiñan y forman

SEGUNDA SERIE.—1864.

una especie de escuadron para que el animal hambriento no pueda aisladamente acometerles, y tengan al propio tiempo sus fuerzas reunidas para asustarle en términos, con sus repetidas coces, que se vea obligado á apelar á la fuga. La milicia debe mas que nadie á los animales, y no vacilamos en afirmar que sus centinelas y puestos avanzados no son mas que una imitación de lo que han practicado las cigüeñas desde tiempos inmemoriales, por que, como nadie ignora, cuando estos volátiles surcan los aires en numerosos enjambres, van precedidos siempre de dos ó cuatro de su comitiva, y tienen además, durante su viaje y sus largas emigraciones, algunos signos convencionales, que suministraron tal vez á Chappe la primera idea de la invención de los telégrafos. La tortuga militar, antigua máquina de guerra, montada sobre rucdas, y que podía llevar buen número de soldados, poniéndoles al abrigo de las flechas enemigas con tanta seguridad, que podían acercarse sin grave riesgo hasta los muros de una plaza ó ciudad guarnecida con tropas ¿no fué construida á imitación del animal del mismo nombre, que se encoge y cierra en su concha, cuando mas se le antoje? ¿qué diremos ahora de las abejas, qué diremos de las hormigas?—Las primeras, que trabajan en sus colmenas bajo el imperio de una reina pacífica y bondadosa, nos dan la idea de la mas perfecta de las monarquías; las segundas viven en una democracia fraternal: no median entre ellas rivalidades, no hay partidos ni temen revoluciones.

El vate francés Boileau muy persuadido por su larga experiencia de que los animales son mas discretos y cuerds que los hombres, nos ha dejado escrito sobre este tema un reducido número de versos, que traducidos al castellano dicen así:

Entre los animales que vuelan por las nubes,  
Que andan sobre la tierra, que nadan en el mar  
De Oriente al Occidente, del uno al otro polo,  
Es el hombre sin duda el mas necio animal.

(BOILEAU DESPREAUX.—*Sátira del hombre*.)

Si en vez de redactar un artículo de periódico con mi mal cortada peñola, escribiera hoy un libro en folio, podría decir mucho mas en abono de los animales, de su industria, de la utilidad de sus trabajos, de sus instintos benéficos, de la sutileza de su ingenio y de los señalados servicios, que prestan al hombre sin ambición ni interés. Los cuadrúpedos, los volátiles, los reptiles y tambien los gusanos me suministrarían en tan colosal tarea una abundante cosecha de materiales para probar que el hombre debe á esos seres, que llama con desmedido orgullo *irracionales*, descubrimientos portentosos, invenciones peregrinas, la iniciativa en todas las artes y ciencias, y los principios de la mas refinada y espontánea moral. Podría apoyar mi tesis en la autoridad de los escritores mas afamados de la docta Grecia y de Roma, como Platon, Aristóteles, Teofrasto, Plinio, Solino y otros muchos; y podría probar últimamente, que debemos el baile á los osos y á las arañas, cuyo nombre italiano *tarantole* inauguró el delicioso baile de la tarantela. Pero, aunque el reducido número de columnas y los estrechos límites de un periódico no me permiten dar latitud y ensanche á este cúmulo de ideas literarias, científicas y profundamente filosóficas, no quiero pasar por alto, antes de venir á mi principal argumento, *los ratones*, que el antiguo Egipto, tierra

AÑO XXII. 12



clásica en los anales de la humanidad, lejos de despreciar á los brutos, les adoró. Gatos, perros, culebras, cocodrilos tenían todos sus templos respectivos y sus sacerdotes; y finalmente, habiendo agotado los egipcios su devoción hacia tantos y tan nobles dioses, se inclinaron religiosamente ante los ajos y las cebollas, y convirtieron en santuarios sus huertas. Esta es una de las mas bellas páginas de la historia antigua; honra sobremanera á toda especie de animales, y sirve tambien de recomendación á los ratones, hasta hoy muy calumniados, y de cuyas sublimes dotes vamos á tratar.

Una fisonomía apacible y simpática, dos ojos pequeños y centellantes, una piel aterciopelada y de color pardo, movimientos graciosos y animados, un rabo muy delgado y puntiagudo distinguen á los ratones de todos los demás animales.

Su discreción y prudencia muy ejemplares les colocan en un puesto preferente entre los brutos. Si un perro ve á un desconocido, ladra, brinca y se abalanza furiosamente para morderle; el gato maya con voz lastimera, y responde muy á menudo á las caricias con un arañazo; los dos son muy entremetidos, y sus amos se ven con frecuencia en la precisión de desairarlos con descompasados gritos y un puntapié para que desocupen su aposento. Los ratones, por el contrario, se ocultan al menor ruido, y no quieren presenciar nunca las conferencias y entrevistas de las personas. El gato y el perro piden con instancia su ración á la hora de comer; los ratones, por el contrario, se contentan con las migas de pan, carne ú otra cosa cualquiera, que les proporcione el acaso. Se les culpa con excesivo rigor porque su manjar exquisito es el queso; pero ¿qué hay en eso de extraordinario? ¿No sucede tambien entre los hombres, que á unos gusta el arroz á la valenciana y á otros la sopa de yerbas, á estos las albóndigas y á aquellos el guisado con nabos y patatas? y en esta tierra de España se considera casi un crimen de lesa-nación salir de casa sin haber tomado una rica taza de chocolate. Nadie repara en pequeneces semejantes de la vida doméstica; á nadie se pretende prescribir los géneros de alimentos, mas ó menos agradables á su paladar; cada cual come lo que mas se le antoja, y sin embargo se censura y culpa á los ratones, porque prefieren á todos los demás manjares el que mas les gusta. Esta intolerancia insensata, esta abierta injusticia se convierte en alevosía, si no queremos perder de vista, que los enemigos de los ratones se sirven del queso como aliciente para coger sus victimas infelices en esas máquinas infernales que se llaman *ratoneras*.

Se repite á cada paso, que en las antiguas crónicas se lee con lastimosa repugnancia que los habitantes de algunos países del Asia se vieron, hace ya muchos siglos, en la dura necesidad de abandonar sus hogares por la multitud de ratones. El hecho no lo niego, porque tiene en su abono testimonios fidedignos; pero en otras comarcas de Europa y Asia pueblos enteros se han hallado en el mismo caso por invasiones inesperadas y repentinas de animales muy distintos de los ratones; y en la historia romana está consignado, que en una ciudad no muy distante de la gran metrópoli del orbe antiguo, sus moradores tuvieron que huir, acosados por numerosas falanges de conejos. Si esto es cierto ¿por qué se blasfema tanto contra los primeros, y se reproduce la memoria de una invasión accidental de sus antepasados, y nada se dice contra los segundos? Cuando se habla de ratones, su solo nombre estremece á niños y mujeres, y tambien á

los hombres, que afectan demasiada delicadeza: con los conejos no sucede lo propio.

Se me dirá tal vez que estas dos especies de animales, algo parecidas por sus formas exteriores, se diferencian en todo lo demás, y que la figura de los ratones en su conjunto causa repugnancia y hastío, al paso que la de los conejos se distingue por su aire esbelto y gentil: sofismas miserables! He probado ya anteriormente que la fisonomía de los ratones, sus ojos, su piel, sus movimientos y hasta su rabo no dejan de tener hermosura y brio; pero, á fin de desmentir aun mas en estas páginas los falsos asertos de mis adversarios, me basta recordar ahora, que las madres muy carinosas y que aman entrañablemente á sus hijos, abandonándose con frecuencia á los sentimientos mas puros y verdaderos que la naturaleza les sugiere, y olvidando todas sus preocupaciones, esclaman con ternura: ¡qué mono es mi chiquitín, qué gracia tiene, parece un ratoncito! Este hecho se repite todos los días, esta comparación amorosa es muy frecuente, y hay sin embargo hombres insensatos y eruditos á la violeta, que pretenden sostener con mucha gravedad, que la figura de los ratones es desagradable y asquerosa? Absurdos semejantes merecen desprecio y no refutación. Yo sé muy bien que la carne de conejo es muy exquisita; pero no lo es menos la de los ratones campesinos, que se cazan y comen, á pesar de que entre ellos y los que viven en nuestra compañía no media mas diferencia que la de los lugares en que habitan; y en esta circunstancia no quiero pasar por alto que médicos muy ilustres no han vacilado en afirmar, que la carne de todos los ratones en general es sabrosa, nutritiva y saludable. Estos animales tan desgraciados y perseguidos, y tambien los gatos, sus enemigos, y los perros han servido de gran recurso al hombre en tiempo de carestía. ¿Creeis por ventura que los romanos, capitaneados por Tito, podían tomar y destruir á Jerusalem, si los judíos tenían á su disposición mas ratones, gatos y perros que los que se comieron durante el sitio de la ciudad santa?

Ningun químico ignora que del cuerpo de los ratones se extrae una ceite precioso, y que se aplica por los médicos en muchos casos con éxito feliz, lo que nos dá á conocer que estos animales, tan injustamente calumniados, son útiles y provechosos vivos y muertos: y aquí me parece que viene como anillo al dedo poner de manifiesto á mis lectores y al mundo entero, que el famoso literato francés, Mr. Chirardin, inauguró su brillante carrera periodística escribiendo artículos doctísimos sobre la muerte y los padecimientos de los ratones ¡qué honor para toda su estirpe, y principalmente para los ratones nuestros contemporáneos, que respiran todavía auras de vida!

Pero lo que admira en estos animales es su voluntaria pobreza: desprecian como Diógenes los techos dorados, y á imitación de este gran cínico de la antigüedad se juzgan muy dichosos si pueden proporcionarse por su abrigo y vivienda un tonel depositado en el fondo de una vieja cantina. Se contentan tambien con habitar en un hoyo, y si no encuentran en donde vivir con descanso, escogen por su morada las alcantarillas.

A los ratones se les odia y aborrece con preferencia á todos los demás animales, porque roen casi instintivamente todo lo que encuentran en los almacenes, en los sótanos, en los graneros, en los guardarropas y en cualquier rincón de la casa: roen el trigo, los quesos, los jamones, el tocino, los



trajes, los libros y hasta la madera. Esto es cierto, pero hay mucho que decir acerca del particular.

No hay seres animados bajo el firmamento, hombres ó brutos, y otros muchos que reúnen las dos naturalezas á un tiempo, no los hay, digo, que no tengan sus defectos, y entre todos, los mas apreciables son los que tienen buenas dotes y menos faltas. Esta verdad, que ha llegado á convertirse en axioma, creemos que es lo bastante para disculpar á los ratones del vicio de roer, que les domina, y para manifestarnos tolerantes é indulgentes hácia estos pobres animales. Pero hay mas aun: se cuida siempre con algun esmero de los animales domésticos, y se les suministran alimentos, con los ratones no sucede lo propio: se les propinan venenos para que mueran, ó se les quita la posibilidad de proporcionarse buenamente el sustento, ocultando á su vista todos los manjares; y estos infelices, acosados por el hambre, se ven en la dura necesidad de roerlo todo para vivir. Es de notar además, que este vicio de los ratones no es tan perjudicial como muchos pregonan, porque contribuye hasta cierto punto á despertar la vigilancia de los mayordomos y de las doncellas, que tienen á su cargo el cuidado de los guardarropas de sus respectivos amos. Con efecto, en las casas en donde no hay ratones, se ven repetidas veces levitas, gabanes, calzoncillos, medias, trajes de señora, etc., etc. tirados encima de las sillas ó de una cama, y espuestos á llenarse de polvo ó á contraer manchas. En cuanto á los libros, los ratones han sido siempre y serán útiles á la sociedad: muchos volúmenes no contienen mas que desatinos, delirios, proyectos irrealizables; otros inculcan, en tono dogmático ó con chistes de mal género, la inmoralidad y la licencia; otros tienden á destruir hasta en sus cimientos las creencias religiosas mas consoladoras; otros fomentan motines, asonadas y revoluciones; otros son copias informes de obras muy conocidas, y los buenos libros originales son en número muy reducido. No perdiendo de vista, pues, este conjunto de circunstancias, es cierto que son muy pocos los libros destruidos por los ratones, dignos de ser conservados, y muchos los malos, cuya desaparición desean los verdaderos sábios. En fin todo lo que se dice contra esos pobres animalitos es falso ó exagerado; se les odia y aborrece por inveteradas preocupaciones; se les persigue con abierta injusticia, y sin atender á sus buenas cualidades se les calumnia alevosamente.

Pero antes de poner término á este artículo, no quiero pasar en silencio que los verdaderos y mas encarnizados enemigos de los ratones son los gatos entre los brutos, y los preñeros taimados y astutos entre los hombres. Unos y otros desleales é indignos de consideracion y aprecio. El gato si vé que huele á raton un hoyo, una despensa, un rincón de esta ú otra casa, se acerca muy despacio al lugar sospechoso, se encoge, entorna los ojos y finge dormir. El raton descuidado sale de su escondrijo con aquella franqueza y seguridad propias de la inocencia. Entonces el gato se le echa encima furiosamente, le acomete, le clava las uñas en su cuerpecito delicado y blando, casi se rie de sus chillidos lastimeros, le deja por un instante para que se prolongue su agonía y le sea la muerte mas dolorosa, y cuando vé que se arrastra herido y empapado en sangre, le coge nuevamente, juega con él como un niño con sus muñecos, repite esta escena dos ó tres veces, y por último le mata con inaudita crueldad. ¿Diremos acaso que el gato es un animal generoso? ¿es acreedor

a nuestro aprecio el que acomete á un inocente con las armas de la traicion y de la alevosía?—No por cierto; y el verdadero filósofo, que no se deja llevar por las preocupaciones vulgares, odiará mas bien á los gatos que á los ratones. En cuanto á los malos preñeros, que no ejercen con decoro su oficio, y en cuya clase van comprendidos los que compran y venden ropa usada, y los prestamistas que la empeñan, juzgamos muy conveniente, antes de hablar de su enemistad con los infortunados ratones, bosquejar á grandes rasgos su retrato para que la sociedad entera conozca lo que valen.

Esos malos preñeros conservan todos cierta semejanza muy marcada en su aspecto; tienen casi todos una fisonomía especial como los judíos, y se distinguen de los demás ciudadanos por su profundo disimulo, por sus miradas maliciosas, por sus palabras siempre terminantes é irrevocables. Su perilla y sus bigotes tienen algo de raquítico como su alma y corazón, y cuando se les presenta una alhaja preciosa desean chupársela con los ojos. Hay hombres entre ellos muy interesados; y por el miedo de que un ratoncito hambriento les dañe alguna prenda, no calculando que son mucho mas graves los perjuicios que ellos causan al prójimo desollándole, esos hombres persiguen de muerte á los ratones; les propinan arsénico; preparan trampas mortíferas para cogerles, y confían á gatos traidores y sicarios el cometido impío de matarles. Pero hagan lo que quieran, el público sensato dará siempre la preferencia á los inocentes oprimidos y no á los malos preñeros y prestamistas.

Me habia propuesto hablar tambien en estas páginas de las ratas, cuyos largos bigotes, ojos penetrantes y corpulentas dimensiones las dan un aire de gravedad, que impone respeto, veneracion y hasta miedo á los mismos gatos. Pero, en atención á que el inmortal Homero celebró su valor y noble osadía en la guerra que sostuvieron contra las ranas, he abandonado mi idea, persuadido de que no puedo rivalizar bajo ningun concepto con el vate griego, cuyo númen tiene algo de divino. Contentándome, pues, con lo que acabo de consignar en abono de los ratones, me juzgaré feliz, si andando el tiempo los venideros, menos preocupados que nosotros, mitigan su ira y encono contra esos animales, y digan que yo he contribuido en parte á libertarles de una muerte siempre prematura y tormentosa.

SALVADOR COSTANZO.

## HALEVY.

Joaquín Fromental Elías Halevy, nació de padres israelitas el 27 de mayo de 1799. Su padre, natural de Furth, cerca de Nuremberg, era muy instruido en las escrituras talmúdicas y célebre entre sus correligionarios como poeta hebreo.

Una feliz circunstancia abrió temprano á Halevy el camino á donde lo llevaba su vocacion. Entró con su hermano Leon en una pequeña escuela del Temple, en la que el hijo del maestro, llamado Cazot, era pasante de solfeo en el Conservatorio de música, y notando las disposiciones musicales de Halevy, que entonces tenia diez años únicamente, lo hizo entrar (en 1809) en su clase del Conservatorio. Los progresos del niño fueron rápidos bajo la direccion de los ilustres



maestros de aquella época, Mehul, Cherubini y Berton. Este último enseñaba armonía y Cherubini era profesor de composición, ó según se decía entonces, de estilo.

En 1819, á la edad de veinte años, alcanzó Halevy el gran premio de Roma; mas antes de su marcha hizo ejecutar en el templo israelita, á causa de la muerte del duque de Berry, un *De profundis* á gran orquesta, en el que notaron un sentimiento religioso que indicaba un gran maestro.

Estudiando el joven laureado, así en Roma como en Nápoles, compuso diferentes piezas y entre otras unas de baile para el teatro de San Carlos y canciones en dialecto napolitano. En Viena, donde residió en 1822, compuso el final de la gran ópera italiana *Marco Curcio*, una abertura á grande orquesta y un salmo también á grande orquesta y á dos coros. Aquí tuvo la dicha de conocer á Beethoven y «conservó toda su vida, dice su hermano Leon, un recuerdo de cariño y de admiración hacia el gran artista, á quien había visto triste y pobre en una reducida morada de campo junto á Viena, trabajando siempre y sacando de su piano sonidos que ya no oía.»

De regreso á París compuso Halevy las primeras partituras de la ópera cómica *El Celoso y el Desconfiado*; las de *Pigmalion*, con letra de los señores Patin y Arnoult, y las de *Erostrato*. Estas tres óperas no se representaron nunca, á pesar de reconocerse desde luego el mérito del joven compositor. Era este profesor en el Conservatorio en 1826 y acompañante y jefe de canto en el Teatro Italiano, cuando tuvo la desgracia de perder á su padre (la madre había fallecido muy joven). En 1829 fué llamado á compartir con Herold las funciones de jefe de canto en la Ópera. En la Ópera Cómica había hecho representar *El Artesano* (1827), *El Rey y el Barquero* (1828), *El Dilettante de Aviñón*, su primer triunfo; *La Lengua musical*, *Los Recuerdos de Lafleur*: en la Ópera, *La Tentación* (ópera baile), *Ludovico* (ópera sin concluir de Herold). Pero su obra principal y la que definitivamente le hizo célebre fué *La Judía*, representada en el teatro de la Ópera el 23 de febrero de 1835. El mismo año su partitura de *El Relámpago* (16 de diciembre), en la Ópera Cómica, tuvo también gran acogida.

Al año siguiente fué nombrado Halevy individuo de la Academia de Bellas Artes, en reemplazo del profesor Reicha.

En 1838 hizo representar en la Ópera *Guido y Ginebra*, que los inteligentes no consideraron inferior á *La Judía*.

Deben también citarse la ópera-cómica *Los Trece*, la *El Scherif* (1839), la ópera *El Pañero* (1840), *El Guitarro* (1841), *La Reina de Chipre* (1841), *Carlos VI* (1843), *El Lazarone* (1844), *Los Mosqueteros de la reina* (1846), *El Valle de Andorra* (1848), *El Hada de las rosas* (1849), *El Prometeo encadenado* (escenas líricas, 1849), *La Tempestad* (en Londres, 1850), *La Dama resentida* (1850), *El Judío Errante* (1852), *El Nabab* (1853), *Jaguarita la India* (1855), *Valentina de Auxigny* (1856), *La Maga* (1858) y *Noé* (ópera inédita sin concluir). Omitimos las composiciones no destinadas al teatro, las cantatas, como *Las Plagas del Nilo* (1856), los trozos de música religiosa, etc.

Entre estas diversas obras es inútil recordar los aplausos con que fueron acogidas cuatro de ellas y principalmente: *La Reina de Chipre*, *Carlos VI*, *Los Mosqueteros de la reina* y *Jaguarita*. Estas óperas, juntamente con *La Judía*, *El Relámpago*, *Guido y Ginebra*, quedan como los mejores títu-

los para la fama, que aseguran á su autor un lugar entre los primeros compositores con que la Francia se honra.

Como músico estaba dotado Halevy de un genio que no puede ponerse en duda, pero también bajo todos los demás aspectos era una persona notable. Lo hemos conocido y admirado siempre las raras calidades de su carácter, así como las de su elevada inteligencia y de la rectitud de su razón. Era benévolo, muy juicioso, instruídísimo, de grata é interesante conversacion, en que se descubría su mérito interior con sencillez y sin el menor indicio de orgullo.

Habiendo sido nombrado en 1854 secretario perpétuo de la Academia de Bellas Artes, probó en este difícil cargo escribiendo los elogios de muchos compañeros suyos, que no se había reducido á los estudios principales de su arte, sino que tenía robustecida y adornada la inteligencia con la lectura de las grandes obras de la antigüedad y de los tiempos modernos. No caerán en olvido su libro de *Los Recuerdos y de Los retratos*, sus *Últimos recuerdos*, su *Estudio acerca de la vida y obras de Cherubini*, sus *Orígenes de la ópera en Francia*, su *Vida de Britton el Carbonero*, de Gregorio *Alegri ó los Misereres de la capilla Sistina*, de *El organista Frehberger*, sus artículos de la *Biografía universal*, su trabajo acerca del diapason, sus *Lecciones de lectura musical*, etc.

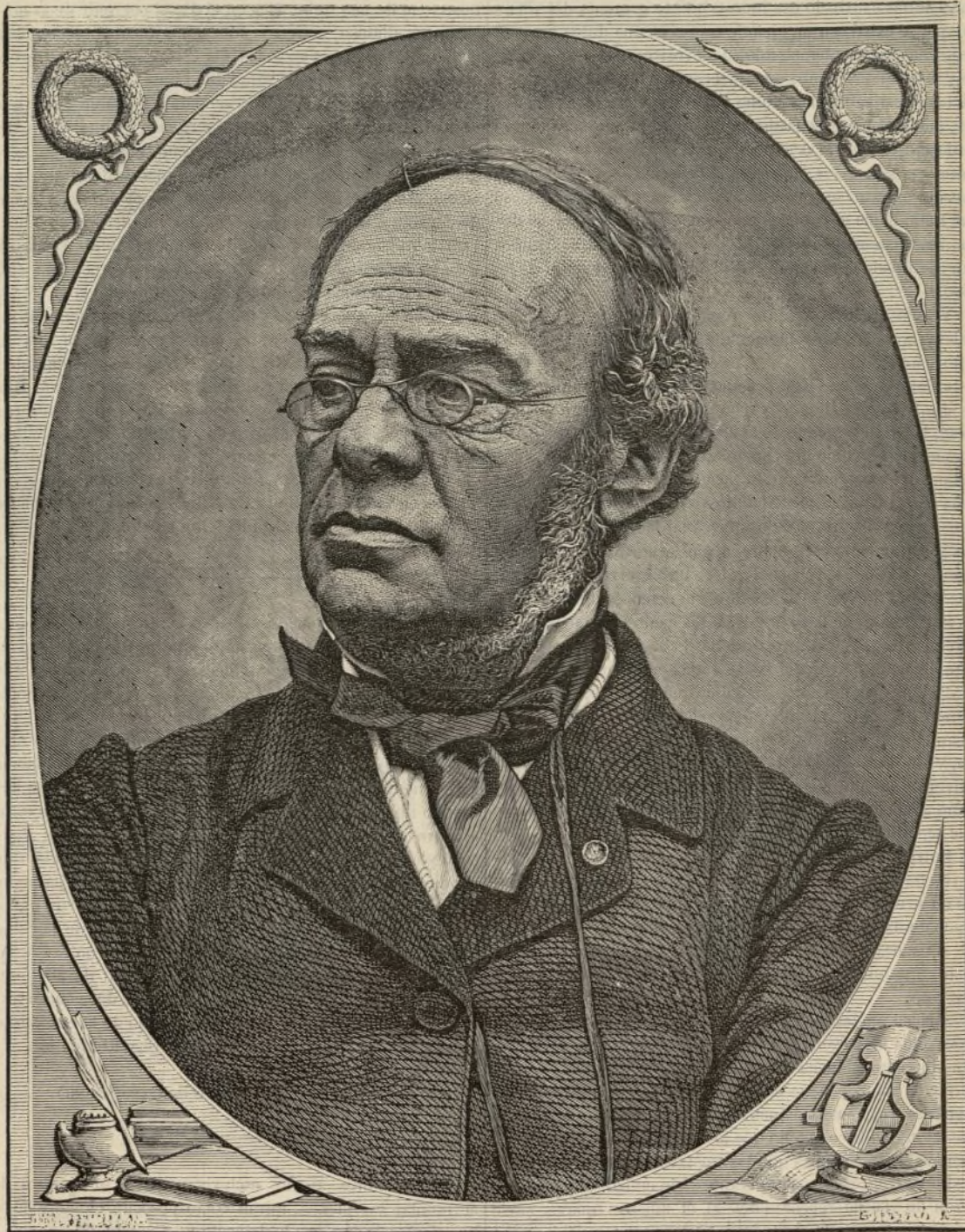
Su hermano Leon, persona de letras en el mas elevado y mas honorífico sentido de esta calificación, ha escrito una noticia biográfica que debe leerse, si se quiere tener una idea completa y justa de su ilustre hermano mayor. Refiere en ella de un modo patético la muerte de J. Halevy en medio de su familia, en Niza, el 17 de marzo de 1862.

«Uno de sus últimos caprichos hallándose enfermo, fué una risueña fantasía musical. Una mañana pidió de pronto *La Donna del lago* de Rossini y *La Serva padrona* de Pergolèse (no se pensaba todavía en París en la repetición de esta preciosa ópera). En aquel mismo instante fué menester buscar las partituras en los almacenes de música de Niza. Trajéronse las y él mismo se sentó en el piano, acompañando algunos trozos de Pergolèse que le estuvo cantando su hija mayor.

«Pocos días antes de su muerte, algunas palabras que parecían ser efecto de un delirio pasajero, solo eran el resultado de una modificación repentina en su modo de expresarse y de sentir. El que por hábito había preferido siempre hablar de literatura, de filosofía, de pintura y aun de política, mas bien que de música, en los últimos tiempos, aun por la inversa, prefería las expresiones é imágenes que recordaban el arte que tanto quiso é ilustró. Cierta noche procuraba recoger un libro colocado sobre una mesa, bastante lejos de su mano para que lo pudiera alcanzar sin un esfuerzo que lo fatigase: «¿No es cierto de que ya no hago nada en tono?» dijo á su hija que le dió el libro... Convéncete, mi querida Ester, de que ya no hago nada en tono.» La mañana misma de su muerte hizo una aplicación mas imprevista, mas extraña y mas tierna aun de ese lenguaje musical que volvía á serle familiar y querido. Hallábase sentado en el diván, y quiso echarse á descansar la cabeza sobre la almohada. Pero no lo hubiera podido ejecutar él mismo y fué menester ayudarle: «Acostadme en escala,» dijo á sus dos hijas. Comprendieronlo estas y lo fueron inclinando lenta y suavemente, y en proporcion y á cada movimiento decía sonriéndose: *do, re, mi, fa, sol, la*, hasta que la cabeza des-



cansó sobre los cogines. Estas notas, de las cuales había | fué para descansar sobre una almohada su cabeza moribun-  
hecho tan maravilloso uso, le sirvieron por última vez; pero | da con el auxilio de sus dos amadas hijas.



J. Halevy.—Dibujo de Rousseau, según una fotografía de Carjat.

» Aquel día fué uno de los de sol mas hermosos que se | tana junto á la cual el enfermo había querido que lo pusie-  
han visto en Niza, y entraba con sus fuertes rayos por la ven- | sen. Los niños de una señora polaca que residia tambien en



la quinta, jugaban á alguna distancia en el jardín, y si de vez en cuando sus alegres risas no hubiesen subido hasta el moribundo, si las aves no hubiesen hecho oír sus acentos, nada hubiese turbado esa indescriptible armonía del silencio que se exhala en un cielo hermoso en una dulce mañana de primavera. Contemplando aquel rostro sereno, que pálido y tranquilo reposaba en aquel canapé inundado de luz y hacia el cual subía el perfume de los limoneros y de las flores, nadie hubiera pensado en la muerte á no ser que recordase estas palabras del Salmista: *No verán el sepulcro cuando vieren á los buenos que fallecen*. Así es como el querido maestro se encaminaba hacia ese campo del reposo que Italia llama el *campo santo*, que en otros puntos se denomina tristemente *cementerio*, y que los hebreos nunca han apellidado sino con el consolador nombre de *casa de los vivos*.

Veamos todavía algunos renglones en que Mr. Leon Halevy aprecia admirablemente á un tiempo á su hermano y á su arte:

«Siempre lo he visto practicar su arte con un respeto de sí mismo, con una fe y con un fervor, que si posible fuese, habrían acrecentado la idea que siempre he tenido de la excelencia y como de la santidad de la música: arte completamente ideal que todo lo saca de sí mismo, sin tomar nada de la materia; que sabe pintar sin tener pincel ni colores; que copia sin modelo, que es la ciencia de los sonidos y que se eleva en proporcion que se aproxima al hombre moral, así como se rebaja si quiere imitar el ruido material; arte divino que exalta al hombre ó lo serena, que se asocia á las festividades de la libertad, á los padecimientos y á los regocijos de la patria, proporciona al país defensores y á los templos pompa y brillo, y si suele entregarse á serviles adulaciones, es mas bien cómplice que culpable. Comprendiendo Halevy bien la alta misión del músico, adornaba incesantemente con nuevas conquistas su alma y su inteligencia, y sin duda debió al amor y al estudio de esa lengua universal que uno y que aproxima, aquel maravilloso don y como aquella ciencia innata de las lenguas que dividen y que separan.»

Entre los fragmentos de J. Halevy citados en esta preciosa reseña inspirada por el amor fraternal, pero donde el elogio no se exagera nunca, hay uno que no podemos resistir al deseo de darlo á conocer á nuestros lectores.

«Después de esponer que cada pueblo ha tenido al principio una música nacional, su música materna, añade Halevy.

«Haced oír las mejores tocatas escocesas de los higlandeses á los *lazzaroni* de Nápoles ó de Palermo, y no hallarán sino entonaciones incomprensibles y bárbaras; porque lo que es popular tiene echadas profundas raíces y difícilmente se trasplanta, además de exigir el tiempo de la aclimatación. No hace mucho que los italianos no admitían los compositores alemanes que los copiaban bien, ni los compositores franceses, mas tolerantes, sin embargo, y cuyo corazón no guarda rencor; pues si el músico francés suele mostrarse escéptico, exclusivo y burlon, como músico, como francés es curioso, amigo de la novedad, ecléctico y hospitalario. Las tres principales ramas de la música europea están muy caracterizadas: cada pueblo ama con preferencia su música, porque la ha formado á su imagen. Una melodía de Cimarosa es de la misma familia, de la misma sangre que

una estrofa del Taso. El francés quiere que el canto sea trasparente, que deje ver la idea y que dibuje su contorno. La frase alemana, poderosa y fuertemente tejida, tiene el luminoso tono de una nube. Mas en el día el porvenir de la música no es dudoso, porque la educación musical se completa en todos los países y en todas las clases. Francia favorece este movimiento dándole saludable impulso. La armonía no es ya una misteriosa ciencia reservada á los sabios, sino que se manifiesta á todos. La música será muy pronto lo que debe ser, una poesía universalmente comprendida; y ya hermosuras reputadas hasta el día como inaccesibles al vulgo, se han abierto el camino de inteligencias admiradas y llenas de encanto con estos nuevos goces. La pintura, la arquitectura, la música, todos los medios de que el hombre dispone para expresar sus ideas ó para darles un cuerpo, han sido sometidos á semejantes influencias, recibiendo la profunda marca de nuestras épocas y de las razas. Estas diferentes influencias no han llegado nunca sino al aspecto, á la apariencia del arte, sin atacar su fondo, el cual es invulnerable, porque es la idea misma y el sentimiento poético que Dios ha colocado en nuestros corazones. En el día continúan obrando tales influencias; pero en virtud de la maravillosa facilidad de las comunicaciones, no son exclusivas, pues se las discute, aunque se las admite; se las combate, aunque se las respeta. Préstanse mutuo auxilio, porque las ideas en provecho suyo han constituido el libre cambio.

Lo que nunca podemos saber es cómo las abstracciones de la *sustancia*, el *yo*, lo *absoluto* y la *idea* pasan de la nada al ser, de lo ciego á lo claravidente, de lo desconocido á lo que conoce, del caos á la materia, de lo primitivamente nulo á Dios. Pero aun salvando este abismo sin fondo, todavía no podemos leer sin indignación unos sistemas filosóficos en que el hombre y Dios brotan de una fermentación incognoscible de la materia, lo mismo que de un lago hediondo una generación de reptiles. De los hornos de estos alfareros del espíritu no sale mas que un Dios *creado*, amasado y cocido al mismo tiempo que el hombre, á quien éste puede tutear sin respeto, pues juntos han nacido y juntos se volverán á abismar en el sumidero universal, inerte, insustancial, tenebroso, impersonal, etc., etc., etc., de la causa primitiva. En estos sistemas filosóficos *Dios no existe*. Al menos no es el Dios grande, personal, libre, de atributos infinitos, creado por la intuición universal del género humano, padre de todos los huérfanos, regazo de la esperanza, castigador que nunca ha resistido al arrepentimiento.

(Pensamientos de CAMPOAMOR.)

Los hombres atentos exclusivamente á los medios de acrecentar sus bienes, miran como preocupaciones todo lo que tiene relación con la delicadeza. Cuando no se piensa sino en ganar dinero, es muy difícil conservar sentimientos nobles. La probidad de estas personas se reduce estrictamente á no robar, y sobre una probidad de esta índole no puede fundarse una reputación.—MAD. GENLIS.



## DE LA INSTRUCCION DE LAS MUJERES.

¿PUEDEN SER SABIAS?

—Hipócrates dice que sí, Galeno dice que no, podríamos decir como don Bartolo en el *Médico á palos*:

Divididos han andado por largo tiempo los pareceres; durante mucho tiempo se ha rehusado á las mujeres el derecho de aspirar á la ciencia. Mas ilustrado nuestro siglo, no las prohíbe este privilegio; solamente las dice con razon:

«No seáis *sábias* como esas mujeres que ha ridiculizado el genio de Molière en sus *Preciosas ridículas*. Creed que la literatura nacional es bastante rica para satisfacer al deseo y á la necesidad que experimentais de adquirir conocimientos, y que con Cervantes, Lope de Vega, Calderon, fray Luis de Granada y todas nuestras celebridades poéticas y literarias podeis muy bien indemnizaros de no comprender á Virgilio, Ciceron y Demóstenes. No, no seáis griegas ni latinas; el talento que se tiene daña al que se quiere tener; permaneced españolas; llevad el patriotismo hasta vuestros estudios, y decid con el candor que tan bien sienta á vuestro sexo, como aquella amable Enriqueta de las *Mujeres sábias* de Molière: «perdonadme, caballero, no ser griega.»

Las cualidades sencillas y modestas, las cualidades del corazon, sobre todo, pueden brillar en las mujeres lo mismo que las cualidades del talento. Pero si tanto nos gustan en ellas esas dulces virtudes, ¿por qué no preconizar su genio y ensalzar su gloria cuando sepan conquistarla? Estamos muy lejos de querer que todas las mujeres sean *sábias*, que pierdan el color de sus gracias naturales con el color del talento, y sobre todo del pedantismo, ya tan ridiculo en los hombres; empero si entre las mujeres se hallasen algunos genios privilegiados de la naturaleza, ¿por qué comprimir, por qué sofocar esas nobles y sublimes aspiraciones? La España se muestra hoy orgullosa, y con razon, de las Fernan-Caballero, de las Avellaneda, de las Coronados, de las Rogelias Leon, de las Balmasedas, Sinués y otras.

Si echamos una ojeada á Francia, allí vemos muchas escritoras que diariamente embellecen su literatura con numerosas y admirables producciones. Si contemplamos la Italia, ese religioso santuario de las bellas artes y de las ciencias, hallaremos en ella una multitud de mujeres célebres con una erudicion que envidiarían muchos hombres, y que, debemos confesarlo, es en ellas un ornato mas á las cualidades del corazon. Desde el siglo XIII, en Bolonia, esa ciudad que los italianos han llamado la *sábia*, se ve á Amata, hija de un caballero, entregarse al estudio de la lengua latina y de las leyes. A los veinte y tres años pronuncia en la catedral de Bolonia una oracion fúnebre en latin, y para ser admirada la oradora, no necesita ni de los atractivos de su juventud, ni del encanto de su sexo. A los veinte y seis años, fué recibida doctora, y á los treinta obtuvo una cátedra en donde enseñó el derecho con un prodigioso concurso de estudiantes de todas las naciones. Uniendo los agrados de mujer á todos los conocimientos de un hombre, mereció cuando hablaba que se olvidase su belleza.

En el siglo XIV y XV se renovó el mismo prodigio en Bolonia, y bien poco hace que en esta misma ciudad ha

desempeñado una cátedra de física con grande brillantez una mujer.

Venecia cita con orgullo durante el siglo XVI, á Modesta Dipozzo Dizorzi, que compuso con éxito un gran número de obras en verso; á Casandra Fedele, que escribía igualmente bien en las tres lenguas de Homero, de Virgilio y del Dante, así en verso como en prosa; que poseía toda la filosofía de su siglo y de los siglos precedentes; que embellecía con sus gracias hasta la misma teología, y que sostuvo conclusiones con grande asombro, y dió muchas veces en Pádua lecciones públicas, uniendo á estos conocimientos graves y serios talentos agradables, sobre todo el de la música, realzando todas estas cualidades de su talento por el brillo de las mas puras virtudes morales. Así es que recibió el homenaje de soberanos pontífices y de reyes, y por ser singular en todo, vivió mas de un siglo.

Milan presenta á nuestra admiracion una señorita de la ilustre casa de Tribulcio, que, jóven todavía, pronunció en la antigua lengua de los romanos un gran número de elocuentes discursos, en presencia de los papas y de los príncipes.

Isotta Nogarolla, de Verona, en el siglo XV, tenía tan gran reputacion de elocuencia, que todos los soberanos mostraron curiosidad de oirla.

En Florencia una religiosa de la casa de Strozzi, encantaba por su cultura en las letras, sus austeridades en el cláustro y su soledad. Fué conocida en Italia, Alemania y Francia.

En Nápoles, Sarrochia compuso un poema famoso sobre Scanderberg, y en vida fué comparada con Boyardo y con el Tasso.

En Roma, Vitoria Colonna, apasionada por las letras y la poesía, lloró en los mas lindos y elegantes versos el prematuro fin de su esposo, que había sucumbido como un héroe en la guerra.

Si de Italia pasamos á España, tendremos que inclinar nuestra frente delante de Isabela de Rozeres, que predicó en la catedral de Barcelona, y fué á Roma en tiempo del papa Paulo III, á convertir á los judíos por su elocuencia, y comentar con gran brillo á Juan Scotto delante de los obispos y cardenales.

Isabela de Córdoba, que sabía el griego, el latin y el hebreo, se hizo recibir de doctora, y tomó todos los grados de la teología.

Catalina Ribera compuso poesías españolas, mitad devotas, mitad amorosas.

Pero la perla literaria de España es Luisa Sigea, de Toledo. Además del latin y el griego, había aprendido el hebreo, el arábigo y el asirio. Escribió una carta en cinco idiomas á papa Paulo III, y fué en seguida llamada á la corte de Portugal, donde compuso muchas obras, y murió muy jóven todavía.

No debemos omitir tampoco, en el siglo pasado, la célebre doctora de Alcalá, doña Luisa de la Cerda, de la familia del señor conde de Oñate, que sostuvo brillantemente las conclusiones mas difíciles de la filosofía aristotélica.

No hemos mencionado, cual debiéramos, la primera, la célebre y elegante escritora de Avila, Santa Teresa de Jesus, única mujer que en el trascurso de diez y nueve siglos ha recibido de la Iglesia el altísimo título de *doctora*, porque la consideramos mas como una santa, gloria del suelo español,



que como una de las mujeres que solamente han brillado por su talento mundano.

Transportémonos de España á Inglaterra. Allí encontraremos las tres hermanas Seymour, sobrinas de una reina, é hijas de un protector; las tres ilustres por su ciencia, y autoras de bellísimos versos latinos, que, segun el espíritu de su época, fueron traducidos en la Europa entera.

Juana Grey, que no fué reina sino para pasar del trono al cadalso, leía en griego antes de morir, el famoso *Diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma*.

María Stuardo, una de las mujeres mas ilustradas de su tiempo, escribía y hablaba seis idiomas. Hacia lindísimos versos, y muy jóven pronunció en la corte de Francia un discurso latino, en el que probó que el estudio de las letras sentaba bien á las mujeres.

Su rival, Isabel, tradujo al inglés la historia latina de Salustio.

Si despues de nuestra escursión á Italia, España é Inglaterra penetramos en Francia, se verá, entre otras muchas eruditas, una duquesa de Retz, que en tiempo de Cár-

los IX tuvo gran nombradía, aun en Italia, y que asombró á los polacos cuando vinieron á pedir por rey al duque de Anjou. Maravillados les dejó el hallar en la corte de Francia una jóven que hablaba las lenguas antiguas con tanta pureza como gracia.

Seguramente la naturaleza no llama al mayor número de las mujeres á tan alto grado de talento é ilustración; empero hoy la sociedad les impone la obligacion de adquirir conocimientos, sin que esta instruccion las dispense de reunir las cualidades sencillas y modestas que ante todo reclama su sexo.

Unan, pues, á sus naturales virtudes un poco de saber sin pretension ni jactancia; el diamante adquiere nuevo brillo con el arte que lo pule. Sean buenas y sensibles, trabajadoras é ilustradas, y no tendrán nada que envidiar de los prodigios que hemos citado. Las flores mas suaves y mas encantadoras ¿no prefieren una olorosa humildad al esplendor de una luz demasiado viva y penetrante que hiriese su modestia?

EL CONDE DE FABRAQUER.

## DE ARRIBA ABAJO.



Humildad para pedir.—Orgullo para negar.